

DISCURSO DE  
**D. Claudio Sánchez Albornoz**  
EN EL ACTO CONMEMORATIVO  
DEL 11 DE FEBRERO DE 1873

Todo se ha dicho. Se ha censurado ácremente la declaración del estado de excepción y, con ironía y cólera a la par, el viaje de un ministro de Francia a Madrid. Y se ha analizado el futuro de la patria inteligentemente y con serenidad. Me interesa fundamentalmente el tema segundo. No puedo sin embargo eludir el primero.

No sé si váis a escandalizaros por mis palabras de esta tarde; me las dictan mi conciencia y mi razón. Todos os habéis irritado por el decreto que ponía en paréntesis los mínimos derechos de los españoles. Yo me alegré. En verdad, los españoles eran encarcelados y confinados antes contra la ley; pero confinados y encarcelados. Después del decreto continuaron siéndolo, pero conforme a derecho. Para quien es detenido y desterrado es igual que su prisión o su destierro se hagan de una u otra manera. Y en cambio, la declaración del estado de excepción — la he calificado públicamente de «zar-pazo del oso herido» — era una clara, evidente, irnegable confesión de impotencia y de miedo. Y sin remedio había de constituir un revulsivo dentro y fuera de España contra la tiranía. Un gobierno fuerte no realiza el gesto de miedo que el de Madrid ha llevado a cabo. El miedo es un factor importantísimo en la historia — perdorad que la deformación profesional me haya llevado a pronunciar la palabra historia — y en la vida. Muchos heroísmos han sido provocados por el miedo. ¿Pero cómo podría dejar de alegrarme de que la dictadura española, que durante años y años había sembrado el miedo e incluso el terror entre los republicanos con cárceles, represiones, fusilamientos, tras treinta años de barbarie demostrase tener miedo? Y lo tiene con razón sobrada porque se ha encontrado con que dentro de España han surgido obispos, clérigos, intelectuales, profesores, estudiantes... que se han atrevido a enrostrarle la injusticia esencial de su doctrina y de su conducta. ¡Qué enorme fracaso! Treinta años hablando y escribiendo cada día a su placer y al cabo ha sido inútil el intento de domesticar a la nación. Seguíamos con emoción fraterna

los movimientos obreros que al cabo eran lógica explosión de protesta contra su opresión económica. Pero el caso era ahora más grave. La juventud no se ha dejado envenenar y se ha alzado en todas las universidades. Los abogados reunidos en San Sebastián, Barcelona y Madrid, han hecho oír su voz contra la ilegitimidad y la violencia. Y profesores e intelectuales han hecho otro tanto. Me siento orgulloso como español y como hombre de que treinta años de emponzoñamiento espiritual y de represión no interrumpida no hayan doblegado el ánimo de mis compañeros. Siempre he pensado que el español se rompe pero no se dobla y que las ideas triunfan siempre a la postre de la fuerza.

### *La Iglesia ha enrostrado al régimen su injusticia*

Que los intelectuales, los juristas y los estudiantes alcen su voz al cabo no puede sorprender. Confieso mi asombro y mi alegría al comprobar que también la Iglesia ha enrostrado al régimen su injusticia. Tengo en el bolsillo un escrito firmado por ciento sesenta religiosos y sacerdotes españoles residentes en Roma que voy a leerlos porque juzgo que tiene una enorme importancia histórica cara al mañana de nuestra patria:

«Somos un grupo de eclesiásticos que nos encontramos en Roma provenientes de distintos puntos de España y pertenecientes a diversos institutos religiosos así como al clero secular. Ante las medidas excepcionales adoptadas últimamente en España y que han venido a agravar una situación ya de antiguo delicada, queremos expresar nuestra denuncia y protesta; además pensamos que, dado que la jerarquía eclesiástica es pieza eje en la situación política española, el testimonio de grupos cristianos es singularmente significativo.

En estos momentos en que ha sido declarado el estado de excepción y muchos ciudadanos, comprometidos en una lucha legítima, sienten sobre sí el peso de una represión que no tiene prácticamente límites jurídicos, nuestra conciencia cristiana nos obliga a solidarizarnos con ellos y a protestar ante la opinión pública por la persecución, la opresión y la calumnia que, sin posibilidad de defensa, padecen.

Nos sentimos hermanados con los obreros, sobre quienes recaen fuertes medidas de represión. Esto es especialmente indignante dada la habitual falta de auténtica representatividad y de cauces políticos

que sufre el pueblo español trabajador. Nos sentimos igualmente solidarios con todos los que sienten conculcado su derecho de decir, escribir y expresar sus ideas; con los estudiantes que ven en estos momentos caer sobre sí la reacción despótica de un sistema que pretenden transformar. Queremos también expresar nuestro apoyo e identificación con las personas y grupos de laicos y sacerdotes que, por su compromiso evangélico con los pobres, en favor de la justicia y la libertad, sufren actualmente prisión, multas y difamación.

En este punto queremos hacer una alusión, aunque sea tangencial, a aspectos del problema en los que entra en juego, de modo más directo, una visión de Iglesia. Cuando en una sociedad hay pobres y ricos, opresores y oprimidos, cuando hay quienes monopolizan todos los medios de expresión y quienes no tienen derecho a decir una palabra, estar y ser con los pobres, oprimidos e indefensos no es todo el Cristianismo, pero sí el primer deber cristiano. Pensamos que la fe católica — sea laico, sacerdote u obispo quien la tenga. — tiene como primer deber comprometerse con quienes se esfuerzan en pro de los valores humanos fundamentales. Por eso creemos que es urgente, como primer paso, que la fe cristiana y la institución eclesiástica aparezcan en España claramente separadas del Estado, de modo que no sean instrumentalizadas como cobertura ideológica del sistema.»

Y no quiero seguir, el documento es largo...

### *Una esperanza de cambio en España*

Estas palabras son una esperanza de cambio en España. Vosotros sabéis hasta qué punto yo he sido pesimista. He sido pesimista porque los castellanos, como decía Unamuno, somos hombres sin demasiada imaginación, y yo no he concebido jamás la manera cómo podríamos concluir con la tiranía española los refugiados de este lado del Pirineo y en América. La historia me decía, además, que nunca, nunca los emigrados han logrado cambiar el régimen político de España, ni el de ningún país. Todos conocéis la historia de España, especialmente Leizola. Repasad la historia del siglo XIX. Ha habido muchas veces emigrados. Siempre el proceso de cambio de régimen ha surgido en el interior. Y en el mundo también. En el interior o apoyado desde fuera por coyunturas históricas favorables. Yo no sé, quizá hubiesen muerto en sus

sedes muy tranquilos Hitler y Mussolini si los rusos no hubieran llegado a la Cancillería de Berlín y los aliados no hubieran desembarcado en Italia.

Aquí se ha hablado del pasado y por azares del destino yo, historiador, voy a hablar del porvenir. Mañana — el ahora es de ellos — los franquistas van a intentar sobrevivirse. La momia de Franco puede pervivir todavía. No testará porque tiene miedo a que luego de testar prescindan de él. ¿Qué va a pasar después? Franco no va a ganar batallas después de muerto, como cuentan que las ganó el Cid. Esos milagros no pasan nunca sino en la literatura. Pero los franquistas van a intentar embalsamar el franquismo. Lo decía muy bien Llopis. Van a intentar nombrar un regente o buscar un rey sometido a sus dictados. No nos interesa saber quién va a ser, nosotros somos republicanos. La dinastía borbónica jamás ha hecho nada trascendental por España, desde hace siglos. Pero ellos están ahí y nosotros tenemos una limitada posibilidad de acción. Necesitamos prepararnos para lo que yo llamé hace años, el día X. ¿Qué nos cabe hacer?

Señoras y señores, hacer una revolución es muy difícil. Yo soy ya muy viejo. He visto hacer muchas. En España y fuera de España, especialmente en la Argentina. Me escucha un amigo argentino que conoce como yo esa serie de revoluciones del Plata. Las revoluciones exigen una serie de premisas culturales, espirituales, morales y económicas. Mi hijo — yo soy ya tan viejo que tengo un hijo que hace historia — acaba de estudiar el desarrollo de la crisis económica de España que precedió a la «Gloriosa». Una revolución empieza un día cualquiera por obra y gracia del entusiasmo, el noble ideal, la cólera... de unos grupos humanos, pero a veces también por el despecho, la ambición, el miedo o la ira de un hombre o de unos hombres, no siempre limpios y en ocasiones terriblemente equivocados en sus cálculos de triunfo. Muchas, muchas veces la revolución fracasa o su éxito es pasajero. Pero, aun triunfante, no sé por qué, el pasado se venga. Todos conocéis, especialmente Just la historia de Francia. ¡Cuánto hubo del viejo régimen en la Francia postrevolucionaria! Todos conocéis la historia de Rusia. ¡Cuánto hay del zarismo detrás del régimen que gobierna hoy la República de los Soviets! Y quienes conozcan la historia de China podrán advertir cuánto queda del viejo mandarinato en la dictadura de Mao.

### ***Necesitamos hacer algo más decisivo***

Necesitamos hacer algo, lo decía Llopis, mucho más decisivo. Si yo fuera un revolucionario, de ésos que escriben en la Facultad de Letras de Madrid: «No somos marxistas; para nosotros Marx es una hermana de la Caridad»; si yo fuera un revolucionario, estaría encantado de la prolongación del franquismo. He oído contar al marqués de Benavides, un viejo noble de mi tierra que era académico de la Historia y que como tal era compañero mío — él muy viejo y yo muy joven — su entrevista con el rey en Roma. Fue a felicitarle y le hizo el elogio de la dictadura. Don Alfonso, que era un chulito madrileño, le dijo: «¡Oh, sí, la dictadura ha hecho cosas muy importantes para la historia de España!» — ¿Cuáles, majestad?, preguntó engañado el viejo magnate. — «Los firmes especiales y la República», replicó el monarca. Yo no sé si aquí hay algún espiritista; le invito a llamar a capitulo a don Alfonso y a preguntarle qué opina de lo que pasa ahora en España. Y no sé, me imagino su respuesta: «Ese capitancito, al que yo hice general sin merecerlo, está haciendo dos cosas muy importantes: «Los paradores nacionales y el comunismo».

Perdonadme, nos reunimos para celebrar el aniversario de la 1ª República Española. Esto de ser historiador tiene muchos inconvenientes, porque resta mucho entusiasmo. Eran hombres magníficos los que dirigieron la 1ª República. Probablemente no los ha habido luego tan grandes y sin embargo la 1ª República duró menos de un año. ¡Por algo sería! No hay que atribuir sólo al general Pavia la caída de la 1ª República; la destruyeron los mismos republicanos dentro del país. ¿Estaba España entonces preparada para una República? Es una pregunta que me tortura en estos días, porque yo he hecho muchas, muchas lecciones — hace cincuenta años que soy profesor de universidad — pero mi responsabilidad en estos momentos me ha obligado a meditar el ayer pensando en el futuro. Esa responsabilidad frente al hoy cara al mañana me ha llevado también a preguntarme: ¿No habremos nosotros, los republicanos, contribuido un poco a la ruina de la II República. Yo no sé, quizás olvidamos que millones de españoles no participaban de nuestras ideas. Recuerdo el momento en que Azaña tomó posesión del poder en el año 1936. Hizo un discurso en el ministerio de la Gobernación. Yo estaba al lado, me dio un abrazo y me dijo: «Albor-

noz, ahora a hacer republicanos». Había que hacer republicanos.

Cuando advino la República había en España — no sé señoras y señores si os van a gustar mis palabras, pero creo en conciencia que debo pronunciarlas — había en España una doble histeria; la padecían a la par las derechas y las izquierdas. Recuerdo el caso del padre Villada. El padre Villada era un jesuita paleógrafo que trabajaba en el Centro de Estudios Históricos. Un día lo llamaron sus compañeros de la Compañía y le dijeron: «Tiene usted que renunciar a su cátedra» — ¿Por qué? «— Ahí hay gentes anticlericales». — El único anticlerical allí era Américo Castro. — «Yo he trabajado en Roma al lado de judíos y de masones». «— Tiene Ud. que renunciar». El padre Villada apeló al padre Lodochosky, general de los jesuitas que viajaba por entonces a España. El general de los jesuitas le dijo: «Siga Ud., tiene Ud. razón». Pero a los quince días lo llamó y le dijo: «Mire, padre Villada, sigo creyendo que tiene Ud. razón; pero renuncie, porque yo no puedo con los jesuitas españoles.»

Del otro lado existía una histeria no menos condenable que se traducía en el anticlericalismo de muchos políticos y en la inclinación de algunos exaltados a incendiar iglesias.

Sanjurjo y los señoritos monárquicos despechados se alzaron el 10 de agosto. Pero nosotros no aceptamos después la derrota electoral del año 33. Nos derrotaron porque nos dividimos. Había cuatro partidos radicales-socialistas, los radicales, los conservadores, los federales, Acción Republicana, los socialistas. Yo, un poco zurcidor de voluntades, no logré que se formaran candidaturas únicas. Nos vencieron. Y no todos aceptamos el fallo de las urnas. Algún día tengo que escribir mis memorias, yo también. En el Congreso, en el salón de conferencias del Congreso, todos los días llegaban hasta Azaña para decirle: «No podemos soportar esto». «Hay que hacer la revolución, hay que echarse a la calle». Azaña les escuchaba sin pestañear, hasta que un día ya no pudo más y les dijo: «Señores ahora mismo, a la calle, a la revolución... con los paraguas». Y nosotros no hicimos la revolución, pero la hicieron otros, aunque Azaña delante de mí — doy testimonio como entonces testimonié por escrito — intentó detenerlos.

Pero mi esperanza para el mañana, y por eso os decía que soy optimista, es que el clima espiritual de España ha cambiado. ¡Qué fuerza maravi-

llosa tienen en nosotros la conciencia y el amor de la libertad!

Porque nosotros siempre hemos pensado lo mismo. Yo soy un liberal que prefiero vivir en el desierto y vivir pobremente antes que someterme a la tiranía española. Pero quienes se han lanzado ahora contra Franco no somos nosotros, los republicanos, los socialistas, los anarquistas: son ellos, las gentes que durante treinta años no han oído sino blasfemias contra la República y los republicanos. Los sacerdotes de Roma cuyo escrito os he leído, los clérigos protestatarios del interior, «contestataires», que dicen los franceses, las gerentes del Seminario de Comillas, los obispos progresistas... han dado grandes pasos hacia nosotros. Se está acabando esa historia de las dos Españas fraternas y enemigas.

### *Por una democracia liberal y social*

Nosotros mismos también hemos cambiado. Vemos con ojos diferentes a quienes se han hallado y se hallan aún al otro lado de la barricada. Podremos asegurar una República. Yo empiezo a ser optimista. El problema del mañana no es sin embargo sencillo. Somos liberales pero nuestra concepción de la libertad no es, no puede ser la de nuestros antecesores ni la nuestra de antaño. Los doceañistas tuvieron una concepción de la libertad muy suya, la normal en unos hombres del año 1812. Los republicanos del año 73 tuvieron otra, también conservadora. Y la República de 1931 otra tercera. Nosotros somos liberales pero somos demócratas sociales. Aspiramos a una República en la cual se realicen, al cabo, señoras y señores, los principios eternos de la Revolución Francesa: Libertad, igualdad, fraternidad, que tienen dos siglos, pero que no han envejecido; y a que se haga al cabo realidad la doctrina de Cristo. Yo he dicho muchas veces y me lo habéis oído decir aquí también, que si algún día tuviera de elegir un lema para caracterizar los ideales de mi vida, elegiría las palabras de San Pablo: «Ubi Spiritus Domini, ibi libertas», «Donde sopla el espíritu de Dios, allí está la libertad».

Y no estamos solos al pugnar por una democracia liberal y social. La Iglesia, por la voz de sus pontífices y del concilio, defiende hoy doctrinas muy cercanas de las nuestras.

Han cambiado las cosas en España, pero ¿cómo



llegar a la República? Yo creo que podemos — y en estos momentos, me estoy dirigiendo más que a vosotros a las gentes de más allá del Pirineo — creo que podemos rehacer la vida española dentro de un régimen de libertad y de democracia social, si los españoles que van a disponer de los destinos de España nos escuchan. La República del año 31 vino en una coyuntura histórica impropicia. Otra confesión. Allá en la esquina de las calles de la Princesa y de Argüelles, — ¡cuántos años! ¡más de treinta años sin ver mi tierra de Madrid! — un periodista inglés nos dijo a Zulueta y a mí: «¿La República? Unos años de discordia y luego otra vez la Monarquía». La República llegaba en verdad en horas ingratas. Los E.E. U.U. padecían una terrible crisis económica, en Italia, Alemania y Portugal triunfaba el fascismo. Y advino tras un período de grandes presiones internas que auguraban revueltas y explosiones al volver al libre juego de la democracia.

Era también impropicia la situación del mundo en 1936. Portugal, Italia y Alemania, enemigas. Rusia estaba muy lejos y era gobernada por intereses egoístas. Graves problemas interiores sacudían a Francia. Inglaterra se hallaba en manos de los conservadores. Le he oído contar a Asúa, cómo Blum lloraba porque no podía hacer nada, amenazado por el presidente del Consejo de Inglaterra, Baldwin, que le decía: «Si estalla la guerra en el mundo por su ayuda a España, no cuenten con Inglaterra.»

### ***Necesitamos antepoñernos a los acontecimientos***

Vivimos los pueblos dentro de nosotros mismos, pero en el mundo. El mundo ha cambiado mucho desde 1931 y desde el año 36. ¡Qué no se engañen las gentes que intentan embalsamar al franquismo! Sólo mediante un régimen de fuerza podrán prolongar su vida algunos años, cualquiera que sea la forma política que elijan a la muerte del caudillo. E inevitablemente la prolongación de la represión policíaca de ayer, de hoy y de mañana, al acumular violencias y odios, en las masas, en la burguesía intelectual e incluso en los católicos, acabará provocando un movimiento revolucionario de proporciones gigantescas. Y ese día no van a disfrutar de una coyuntura histórica favorable, porque hoy las Repúblicas Socialistas Soviéticas dominan media Europa, porque hay unos partidos

comunistas fortísimos en Italia y en Francia, porque Inglaterra y Francia como potencias de primer orden se han hundido, porque los yanquis tienen muchos problemas, entre ellos el gravísimo problema de los negros. Que no se engañen nuestros adversarios. Dios no es franquista y mañana no van a encontrar un mundo propicio cuando el pueblo español se alce en armas y haga su auténtica e inexorable revolución.

Frente a la posible restauración o instauración de la Monarquía, la que sea, debemos meditar y debemos hacer meditar a las gentes inteligentes del régimen que señorea a España. Necesitamos anteponernos a los acontecimientos, no ir detrás de ellos. Al ejército desunido, a los coroneles que empiezan a ser demócratas, a la Iglesia, que comienza a hablar como los curas de Roma, a los abogados y profesores que se enfrentan heroicos al tirano, a los estudiantes, que son la sal de la vida española, debemos ofrecer una posibilidad de encauzar pacíficamente el cambio decisivo de la vida de España por caminos de libertad, de hermandad, de reconciliación.

Daría por bien concluida mi vida si un día pudiera asistir en Madrid, «Rompeolas de todas las Españas», en medio de las masas, incógnito, como uno más de los madrileños hermanados por la República, al bautismo de la plaza de la Cibeles, como la «plaza de la Concordia».

Necesitamos ofrecer un frente unido de españoles demócratas de todas las tendencias ideológicas. Yo he vacilado mucho respecto a nuestra posibilidad de entendernos con la democracia cristiana española y con las demás agrupaciones del interior de signo y de ideales demócratas. Pero me he decidido ya. Creo, y lo creen también los socialistas, que necesitamos brindar a las fuerzas españolas del mañana un grupo de hombres dispuestos a realizar una limpia consulta electoral que decida sobre la forma de gobierno y a encauzar en paz los destinos de la patria. Desde aquí irrvoco el patriotismo de nuestros adversarios y hasta de nuestros enemigos. Haremos frente a nuestra responsabilidad para tener derecho a enfrentarles con la suya. Para que nadie en España, mañana, si el torrente de la vida española se encrepa y lo arrolla todo, nadie, nadie, nadie pueda enrostrarnos haber preferido una intransigencia republicana a las posibilidades de cambio democrático y pacífico.

Y no pienso en mí, porque yo soy viejo y porque yo puedo llevar la carga del Gobierno en el des-

tierra, pero hombre de pensamiento, sé muy bien. que no soy hombre de acción. Puedo ser un conductor espiritual, no un gobernante ni un caudillo. Ningún interés personal me mueve hoy ni me ha movido nunca al dirigirme repetidamente a los españoles. La meta de mi vida ha sido siempre el bien y la paz de España.

### *El mundo está en crisis*

El mundo está, además, en crisis. Quizá la palabra crisis sea impropia. Crisis significa caída vertical; el mundo está transformándose en forma cada vez más acelerada y a eso podemos llamar crisis. Yo creo que la cultura occidental de que habla Toynbee ha entrado en picado. Vosotros lo sabéis muy bien: está en crisis la sociedad burguesa, capitalista, tecnócrata; está en crisis también la sociedad comunista — recordemos el caso de Checoslovaquia —; está en crisis la Iglesia, está en crisis la Universidad, está en crisis el arte — recordad las palabras de los estudiantes de la Sorbona: «El arte ha muerto». El arte no ha muerto aunque los artistas de hoy lo están matando poco a poco. El mundo es hoy problemático, el mundo está hoy transformándose rápidamente; los españoles de allá deben saberlo, a ellos me dirijo; aquí hablo a convencidos. España no está en la estratosfera sino en el mundo. Hoy se mueve un botón y se oye Tokio, se oye París o se oyen los EE. UU. Y en ese mundo nuevo queremos hacer una España distinta. Todos vosotros adoráis a nuestra tierra, o ese complejo histórico y vital que late al sur del Pirineo. Todos vosotros queréis vivir en esa tierra, madre nuestra de la que estamos alejados más de treinta años y que llevamos cada día en nuestra alma con angustia. España puede ser un factor importante en la dinámica política de Europa si superamos la bipolarización terrible, brutal, de las fuerzas políticas españolas durante siglo y medio y creamos una síntesis dialéctica pareja de la que han conseguido los otros pueblos del mundo. Si aceptamos, que el adversario no es un enemigo, si podemos discurrir libremente, discutir en paz nuestros problemas, avanzar serenos hacia el mañana social del mundo. España necesita poner en tensión los resortes de su conciencia y de su voluntad, pero podemos hacerlo; los españoles podremos igualarnos a los pueblos más cultos y ricos del mundo si el nuestro depone sus odios y aún en un régimen de demo-

cracia y de libertad para todos los españoles. Ese día podremos participar con orgullo en la organización política y económica europeas y España podrá ser la proa y el promontorio espiritual de Europa.

### *Contemos con nuestro propio esfuerzo*

Nosotros, los españoles, nos hemos sacrificado por nuestros ideales. Se han asombrado muchos de la actitud de Francia en estos días, pero ¡si no han hecho otra cosa, Francia e Inglaterra, a través de la historia que defender sus sagrados intereses frente a los ideales de Occidente! ¿Por qué iban a hacer ahora algo distinto? Al principio, nos ayudaron con calor, después sintieron el rubor de habernos abandonado, hoy ni siquiera tienen vergüenza al colaborar con la tiranía española. No contemos con ellos, contemos con nuestro propio esfuerzo, contemos con los españoles de más allá del Pirineo. Transformando una frase de Unamuno, os decía hace unos años: Es necesario convencer para vencer. Necesitamos convencer — hora es que pensemos en nuestras realidades — a los hermanos españoles cruelmente engañados por treinta años de torpe propaganda. España necesita olvido, reconciliación, paz en libertad, emprender un nuevo camino. Sólo la República puede abrir esa senda para hacer a España lo grande que todos deseamos. (Grandes aplausos).